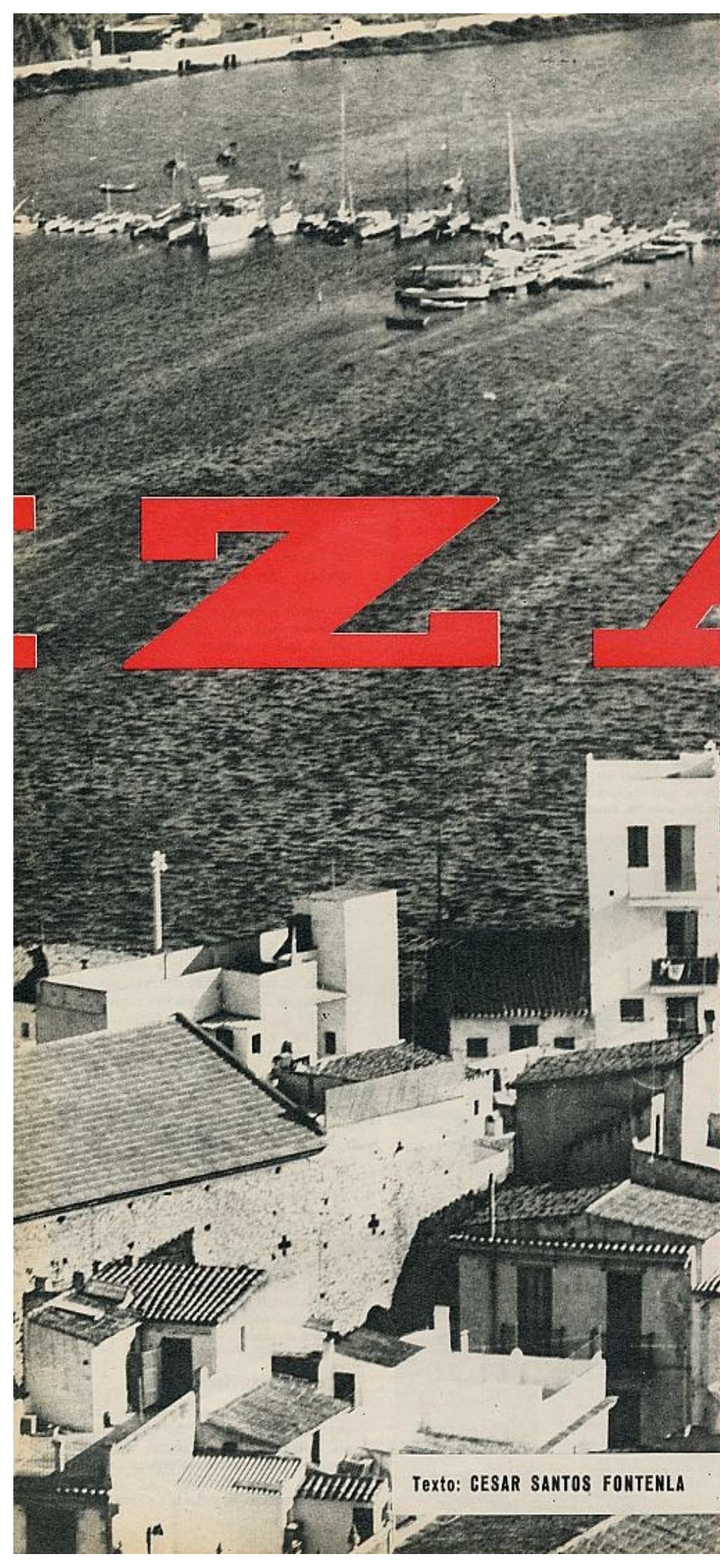


IL B I



TODAS
LAS LENGUAS
DE LA
TIERRA...

BABEL DEL MEDITERRA- NEO

- **Burgueses que juegan al inconformismo**
- **Gentes que huyen de su sombra**
- **Seres que viven, como pueden, su provisional existencia**

Texto: CESAR SANTOS FONTENLA

Fotos: SANCHEZ MARTINEZ



A Ibiza llegan gentes de todos los países. Unos, simplemente, para pasar unas vacaciones. Otros, para quedarse de un modo que nunca acaba de ser definitivo. Se pasan muchas horas sentados en las terrazas de los cafés, paseando por los alrededores del puerto. Se charla en todas las lenguas, y los que llegan en su propio yate acabarán cruzándose varias veces al día con los que unen los meses con unos tomates y una barra.



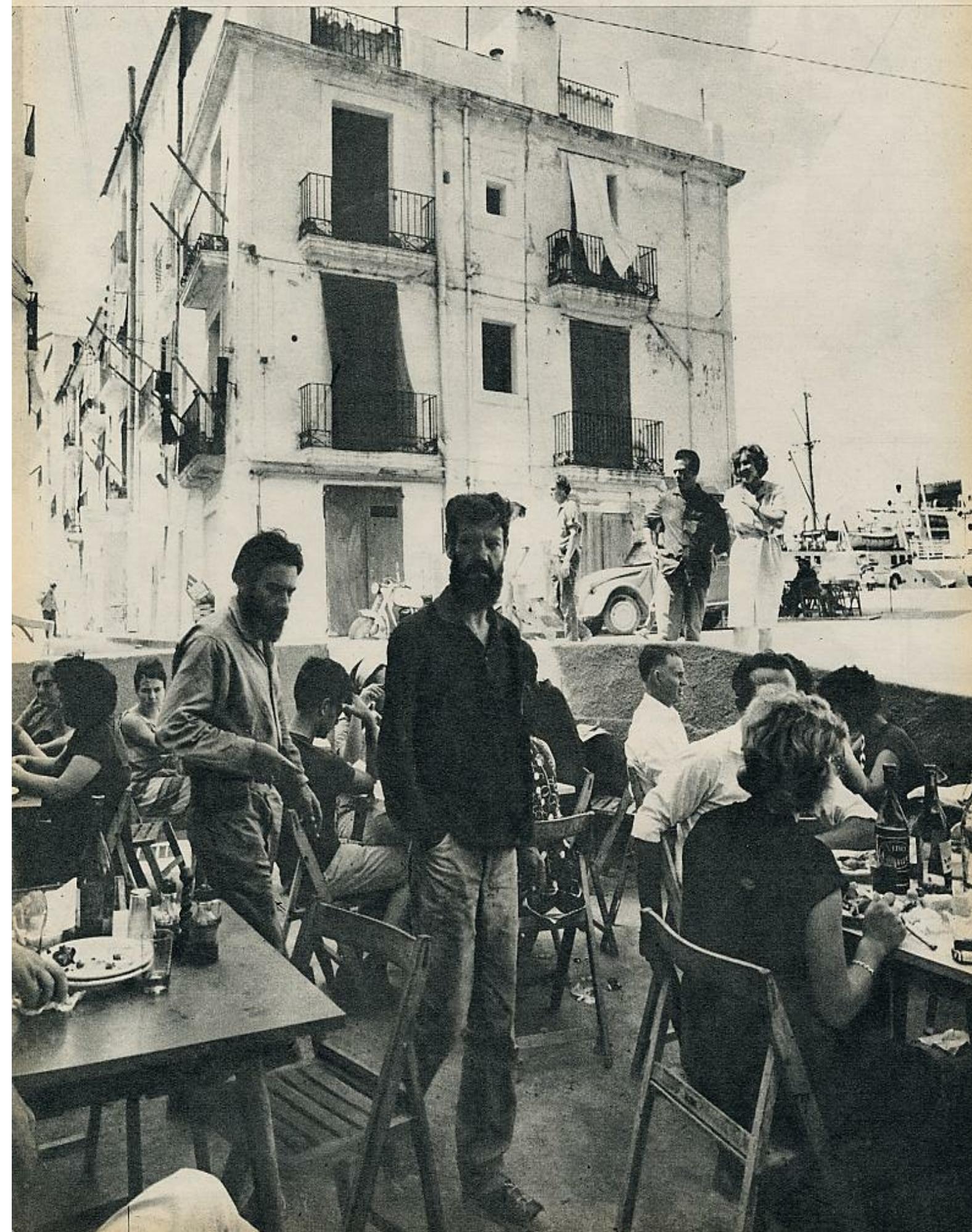
EN pocos años, la isla ha dado un cambio. En San Antonio, en Figueretes, en Santa Eulalia, los hoteles se multiplican, aparecen los apartamentos, los bungalows. Todo va adquiriendo el aspecto standard de tantos y tantos lugares de veraneo y turismo, especialmente de la costa mediterránea. Antes casi nadie iba a Ibiza. La gente lo consideraba absurdo, «snob» en el mejor de los casos. Las lunas de miel en Mallorca habían hecho de esta isla el summum de lo balear, y se ignoraba todo lo referente a las demás componentes del archipiélago. Luego empezaron a llegar algunos extranjeros, especialmente alemanes. Algunos se quedaron. Quizá, en algún caso, interviniera un deseo de desaparecer, de ocultar un pasado vergonzoso, de perderse en un punto minúsculo del mapa, no demasiado bien comunicado, después de los acontecimientos trágicos por los que había pasado su país. En otros casos se trataba sólo de buscar un rincón tranquilo, lo más aislado posible, donde descansar después de esas mismas circunstancias históricas desgarradoras y terribles. El hecho es que algunos de estos alemanes —por «hobby», por vista comercial— compraron parcelas que entonces valían unas pocas pesetas y esperaron. Allá por el año 52 empezaron a llegar a la isla otro tipo de gentes: jóvenes más o menos desorientados, más o menos rebeldes, que habían pululado por el París de Saint Germain des Prés o por el Londres de Chelsea, muchas veces con un caballete a cuestas, en el que un lienzo seguía perennemente immaculado. En Ibiza todo se adecuaba a sus propósitos, a su vaga y muchas veces prefabricada «angustia vital». En primer lugar, encontrar una casa en la parte alta de la ciudad era fácil y barato; el clima era bueno; la vida, agradable. Los habitantes del país —desde las viejas ibicencas ataviadas a la usanza tradicional a los pequeños burgueses, pasando por el pueblo en todas sus escalas— les dejaban tranquilos. Ni siquiera en los primeros tiempos de la llegada de elementos extranjeros se produjeron esos lamentables actos de papanatismo tan frecuentes a todo lo largo de nuestra geografía; las gentes podían vivir su vida sin ser pasto de la curiosidad morbosa de los demás; podían vestirse como quisieran, bañarse donde les apeteciera o tomar copas hasta las tantas sin que nadie viniera a molestarles. Poco a poco se fue creando un núcleo de gentes que tomaron Ibiza como cuartel general, que pasaban allí meses, años incluso, llegando algunos a establecerse definitivamente. Surgieron bares donde estas gentes se reunían; cada uno, al marcharse, recomendaba a sus amigos que vieran... Los que de verdad venían a trabajar —pintores sobre todo— se iban afincando de un modo regular, se compraban en la ciudad casas que convertían en estudios y viviendas. Incluso, en el año 59, tomó forma definitiva un grupo pictórico que adoptó, precisamente, el nombre de «Ibiza 59». Se abrieron galerías de arte, unas que supieron mantener una tónica de calidad —«Es Vedrá», «El Corsario»—; otras, más comercializadas, en las que a los cuadros se mezclaban las chucherías, los productos artesanales más o menos «typical»...

el mito de las islas

Hoy Ibiza, a pesar del incremento —que no hace más que iniciarse— del turismo tradicional, despersonalizado y colectivo o familiar y burgués, sigue teniendo una personalidad que le viene de este descubrimiento por los pioneros hace unos años. La isla, peque-

SIGUE

IBIZA





«Dominó» es, quizá, el centro de reunión más frecuentado. Situado en mitad de los muelles, allí se reúne la gente, aunque durante el día se pare poco rato. Por la noche, en el interior, se charla, se bebe, se fuma. Una muchacha que habla casi todos los idiomas ayuda a los dueños, gentes del país, a atender a los clientes.

ña, mediocrementemente comunicada y con sus recursos naturales sin aprovechar —las playas en las que se aglomeran los hoteles son las peores de la isla, mientras las mejores están aún inexploradas—, ha quedado hoy prácticamente escindida de su capital en lo que se refiere a la población humana y normas de vida que rigen en los diferentes lugares. Ibiza, capital, es el reducto de ese mundo que a muchos resulta tremendamente extraño, y que es el que, entre todos los que coexisten allí, da a la isla una personalidad específica. Ibiza, capital, alberga a un núcleo extranjero que, en general, no se mezcla con la población autóctona y, desde luego, mucho menos con el turista «tradicional» y sobre el que sería demasiado fácil pronunciarse a la ligera. Lo componen, por lo general —queda de lado, de momento, el grupo de pintores establecidos en la isla de modo permanente—, muchachos y muchachas muy jóvenes procedentes de los países europeos, de Francia para arriba, y algunos americanos, canadienses... Entre los jóvenes se cuele alguna mujer divorciada con sus hijos, algún «estudiante» eterno y desplazado. En todos ellos parece haber jugado ese mito de todas las islas, actuante en mayor grado cuando son pequeñas y alejadas. De un lado, una isla parece siempre ideal para acoger a aquellos que, por una u

otra razón, tienen interés en huir de algo o de alguien, o, simplemente, de sí mismos; por otro, parece como si el instalarse en un lugar apartado de las carreteras, donde se crea una especie de sublimación del aislamiento, les sirviera a muchos para afirmar su propia pretendida rebeldía. Estos grupos, entre los que hay pintores auténticos o sedicentes —fotógrafos, gentes dedicadas a actividades más o menos colindantes con el arte—, llevan una vida extraña, itinerante, desorganizada... Viven, muchos, en casas de la parte alta de la ciudad, hacinados muchas veces, cómodamente otras. Algunos, cuando viene la mala racha, duermen en las rocas, según se dice. Otros están simplemente de vacaciones, unas vacaciones que se prolongan muchas veces más de lo que es normal, con el acarreo de las consiguientes crisis económicas. En muchos casos se trata de «hijos de papá», que, en serio o en broma, juegan al inconformismo con mayor o menor sinceridad, pero que acaban, a fin de mes, recibiendo un giro que hay que hacer durar. La comida, muchas veces, es el capítulo menos importante del presupuesto: unos tomates, un poco de pan, leche... Ello permite alargar las vacaciones, planteadas para unas semanas, a unos meses. Durante la mañana se les ve poco: duermen hasta tarde porque se acuestan tarde. La

playa no es objeto de su predilección. El puerto, sin embargo, es surcado incansablemente por ellos. En una mañana es posible ver pasar a los mismos tipos ininidad de veces por delante de los cafés que se siguen a lo largo del muelle. Cambian de ropa, van y vienen sin que se sepa muy bien si realmente llevan una dirección determinada. Hay una serie de sitios que no fallan, que constituyen parada obligatoria, aunque nunca duradera. Cafés, bares, cuevas, en los que siempre es posible encontrarse, muchas veces sin necesidad siquiera de hacer una consumición. Muchos van solos. Otros siempre en parejas. A mediodía, las terrazas de los cafés del puerto se pueblan. En alguna de ellas —«Bahía»— se mezclan sin perturbarse los ibicencos con los turistas clásicos y los que no lo son. En otras se trata de feudos reservados a los núcleos a que ahora nos referimos. Desde por la mañana todos van con el enorme capazo típico de la isla en el que cabe todo: la comida, el bañador, un bastidor, cualquier cosa...

A la hora de la siesta no todo el mundo desparece. Los más acérrimos continúan sus idas y venidas. Otros se sientan en los cafés y esperan la hora de la salida del barco, animadísima siempre. Allí, de nuevo, vuelven a mezclarse todos los estamentos. Los franceses, **SIGUE**

IBIZA



Por la noche, además de a «Dominó», se va a «The Black Sheep» —«La Oveja Negra»— y a «Montmartre». Por «La Oveja Negra» —foto superior— pasa mucha gente. Jaime —a la derecha—, el dueño, charla con unos y otros. Se ven los mismos rostros que en «Dominó». «Montmartre» —abajo— está al principio de la parte alta de la ciudad, junto a la Puerta de las Tablas. Es un lugar de menos tránsito y, naturalmente, mucho más tranquilo, donde la gente permanece tiempo.



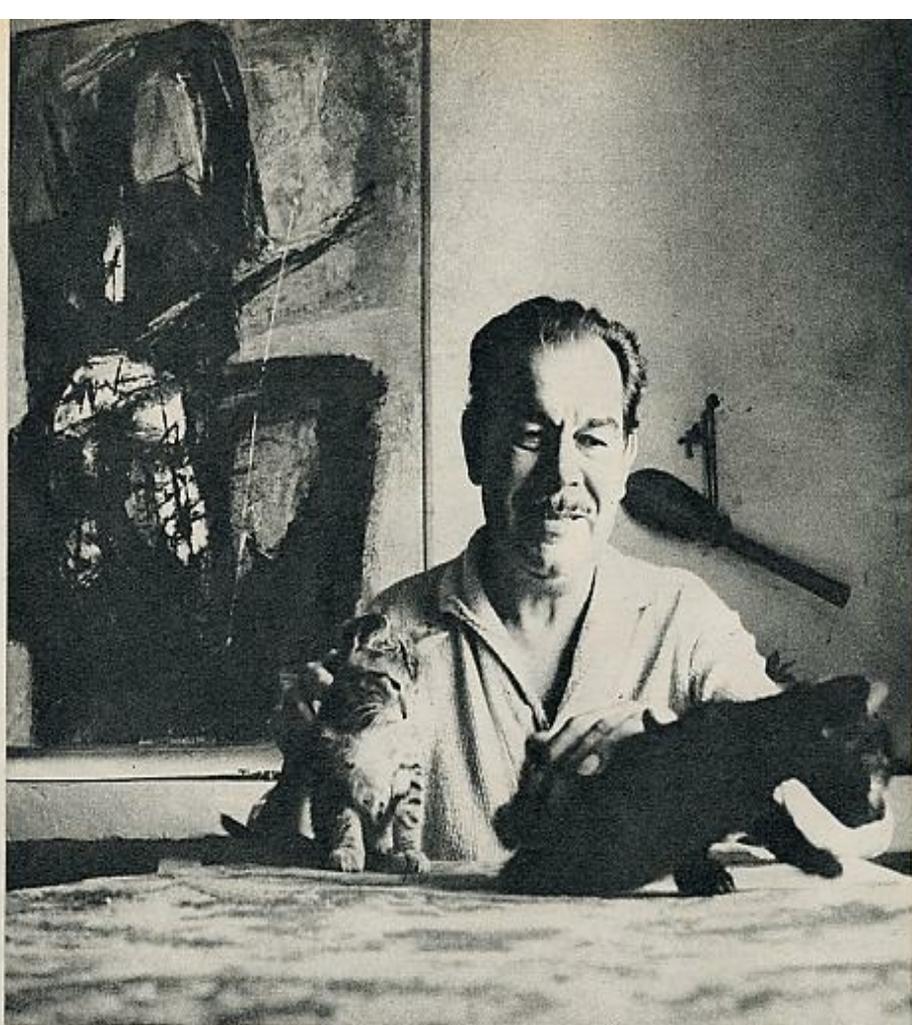
sobre todo, organizan las despedidas más espectaculares. Con rollos de papel higiénico de colores establecen una unión con los que se quedan en tierra. A medida que el barco —el «Ciudad de Ibiza», el «Jaime I»— se va alejando, el papel se va desenrollando hasta que en un momento dado la larga cinta se rompe, suenan aplausos y alguna muchacha, aun avergonzándose, deja escapar una lágrima. Cuando ya todas las cintas se han roto, los más jóvenes, los que se encuentran más en forma, salen corriendo hacia el faro, por donde el barco pasará a continuación, para hacer la última despedida. Generalmente, estos «números» suelen estar a cargo del turismo «tradicional». Pero, como espectadores, están todos los demás. Luego, quemada esta etapa, recomienza, una vez más, la peregrinación. De nuevo todos se mezclan, y las viejas en traje típico se cruzan una vez tras otra con las nórdicas en «short» o el muchacho en moto ataviado con un chaleco y una corbata sobre el cuerpo desnudo, sin que ni la una ni el otro muestren aparentemente la menor extrañeza ante lo insólito de sus atavíos. Los «tradicionalistas» toman tapas en un lugar donde le miran a uno con aire despectivo si pide vino. Los locales de noche empiezan a ser visitados para concertar planes, para ver si hay alguna «party», si se va a casa de alguien. Es, otra vez, la ronda. No se consume todavía, o apenas. La gente va apareciendo con otra ropa. No se trata de que se vistan «de tarde», de que se abandone el pantalón o el «short». Simplemente, se cambia. En un par de horas es posible ver pasar a la misma alemana estupenda con tres atuendos diferentes. Si hay «party», los dueños de los establecimientos empiezan a temblar: va a repercutir en la cifra de venta de esa noche. Pero de todas formas no van a quedar vacíos. Antes de decidirse a ir, todos darán una última vuelta y tomarán unas copas. Especialmente si la «party» es en Santa Eulalia, como ocurre con frecuencia. Queda lejos, a una quincena de kilómetros, y es preciso encontrar coches. Los taxis, sin contador, cobran a «forfait» y no resultan baratos, mucho menos cuando se trata de salir de la ciudad. Los coches de alquiler sin chófer tampoco, aparte de que no es fácil conseguirlos.

los "parties" de santa eulalia

«Parties» y visitas a los locales de moda llenan las noches. Santa Eulalia es el centro de las primeras, a pesar de los problemas que su alejamiento geográfico plantea. Se celebran en casas particulares, son con frecuencia de disfraces. A pesar de su aire «informal», ser invitado a ellas no está al alcance de todo el mundo. Se baila, se bebe y, con frecuencia, se termina con el baño de medianoche, que aquí se celebra al amanecer. El baño, por otra parte, es el final de las que se celebran en cualquier casa que tenga una playa a mano.

Los locales nocturnos de Ibiza se reparten entre La Marina —la zona detrás del puerto— y la parte alta de la ciudad, a orillas de la Puerta de las Tablas. Hay, naturalmente, otros sitios, pero que no son frecuentados sino por el turista «tradicional». Lugares como «Mar Blau», que se asemejan a las pistas de cualquier ciudad de verano, con sus cuadros flamencos y sus orquestinas de moda. Pero los otros son algo totalmente distinto, que podría tener su precedente en los «whiskies», pero que está a igual distancia de ellos que de las «caves» parisinas. Se trata de locales no muy amplios, cerrados, en los que entre el calor húmedo habitual de la isla y la concentración humana y el humo de los

SIGUE



Frank El Punto —pintor alemán— lleva ya diez años residiendo en Ibiza. Vino y se quedó. Vive en una casona que perteneció a los corsarios, con su familia y nada menos que siete gatos. Sale de la isla sólo para exponer o visitar exposiciones ajenas. Ernest Ehrenfield —abajo—, al que todos conocen por Ernesto, es marchante. Vive en Formentera, pero compra y vende sus cuadros en Ibiza, donde pasa la mayoría del tiempo.



IBIZA



Los pintores han sabido escoger bien los emplazamientos para sus casas, que están en los mejores lugares de Ibiza. Arriba vemos al pintor y arquitecto alemán Erwin Broner en su residencia. Broner ha diseñado también la casa de Hans Laabs, otro pintor, compatriota suyo, que lleva tiempo allí. Rafael Tur Costa —abajo, a la izquierda— es ibicenco. Pinta abstracto y dirige la sala de exposiciones de «El Corsario». Luego hay más pintores, unos ya sólidamente establecidos, otros que empiezan...





sonrisas de España



marthe

con la crema dental

el torero

DIENTES MAS BLANCOS
ENCIAS MAS SONROSADAS

un producto
de cosmética
para la belleza
de la sonrisa

CON LA GARANTIA DE ORIVE, S. A.

IBIZA

cigarrillos se suda y se bebe y se bebe y se suda. En general, no se baila en ellos, si acaso hasta medianoche. Son lugares «para estar». Ni siquiera se charla demasiado. Arriba, «La Carbonera» y «Montmartre». En el primero, pequeño, horadado en la pared, en lo que fue una antigua y verdadera carbonera, nunca hay demasiada gente. Alguien que toma unas copas en la barra, de paso entre la parte alta de la ciudad y la zona del puerto. En «Montmartre» la aglomeración es mayor. Gente en las mesas, prácticamente en todas las mesas. Discos. Charla y bebida. Algunas parejas se miran simplemente a los ojos, en espera de pasar a los hechos. Dos hombres juegan al ajedrez. En la barra, gente que ha venido sola espera encontrarse con alguien. Todo el mundo habla bajo, cuando habla. Alguna muchacha española. Un negro sirve las bebidas, una rubia de aspecto escandinavo retira los vasos vacíos. «Dominó» es, quizá, el sitio más frecuentado. Situado frente al puerto, a medio camino entre La Peña y el centro de la ciudad, por allí se acaba pasando varias veces al día. Es un local angosto, en profundidad, de paredes blancas decoradas con dibujos en negro. Una barraca, una serie de mesas situadas paralelamente a ella y unas cuantas mesas más al fondo. Alguna vez alguien marca unos pasos de baile. Pero en general las parejas, o los grupos, permanecen sentados. Ligan, charlan, beben. El local, propiedad de un inglés, está explotado por unos ibicencos, que defienden celosamente su reputación. No les gustan las fotos, ni que a cada paso se recuerde que allí se fraguó, según parece, el crimen que se dio en llamar de «los existencialistas»...

«La Oveja Negra» —«The Black Sheep»— está más hacia la ciudad moderna, en una esquina. Es más abierto, tiene tres puertas. Más moderno también que el anterior. Y su público es más «snob». A veces se baila un poco, siempre antes de las doce, por razón de los impuestos. Es lugar de paso. Se ven algunos españoles, algunas españolas. El local es amplio y las gentes pasan de uno a otro rincón, con un vaso en la mano. Es lugar de paso, de cita, de reunión antes de ir a otro sitio o al volver de cualquier parte. A su lado, «La Tierra» tiene la mejor discoteca; «La Fiesta» es más clásico, en la línea de cualquier «whisky»...

En todos estos lugares transcurre la «vida nocturna» de los extranjeros en Ibiza. Son pocos los españoles que se les mezclan. Todos se conocen sin que se pueda hablar de grupos hechos, compactos. Se ven y se dejan unos minutos después. Vuelven a encontrarse. En muchos casos se trata sólo de burgueses que juegan al inconformismo, que un día se emborrachan y otro prueban la marihuana. En otros, es gente que intenta encontrarse a sí misma o que busca precisamente el evitarlo. En todo caso, es gente más o menos en un momento provisional de su existencia. Muchos de ellos volverán, al cabo de unos meses o de unos años, a reintegrarse al mundo burgués del que proceden y al que por convicción pertenecen, después de haber vivido la aventura del país exótico, del alcohol y del sexo. Otros se perderán y seguirán errando por ahí, de Ibiza a París, de Escandinavia a la Riviera italiana. Otros —es difícil predecir si los más o los menos— se encontrarán realmente, realizarán una tarea artística, sacarán fruto de una experiencia que puede ser ni más ni menos válida que cualquier otra, pintarán esos cuadros que por ahora siguen siendo proyectos.

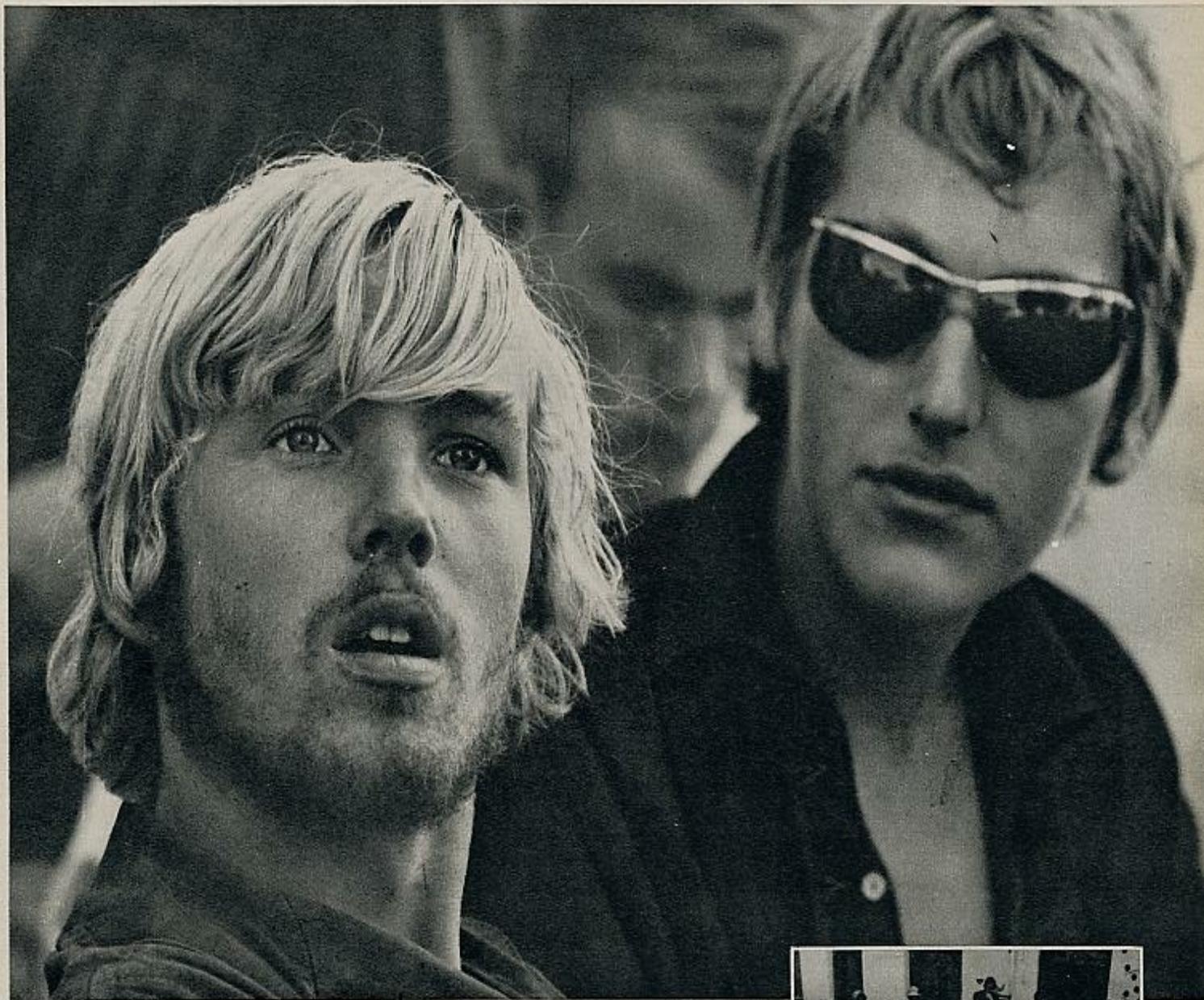
tierra prometida para pintores

En la misma Ibiza, precisamente, radican infinidad de pintores, de distintas categorías, muchos de los cuales empezaban, probablemente, del mismo modo que los que ahora circulan de bar en bar y de uno a otro rincón del puerto. Son, quizá, en mayoría, alemanes; pero los hay ingleses, americanos, daneses... Han formado una escuela que es conocida en el mundo de la pintura como Escuela de Ibiza. Varios de ellos fundaron el atudido grupo «Ibiza 59», hoy disuelto como tal, pero que ha dejado una herencia y ha dado un impulso al movimiento cultural radicado en la isla. Bob Momfort, Erwen Bechtold, Hans Laabs, Erwin Broner, Longfors, David Walsh, El Punto, son nombres, entre muchos, de pintores establecidos desde hace años y puede decirse que definitivamente en la isla. Algunos de ellos se han construido magníficas casas. El Punto, por ejemplo, un alemán radicado en Ibiza desde hace diez años, ha escogido una antigua casa del barrio residencial que formó parte del palacio de un corsario. Laabs y Broner viven en unas casas diseñadas por este último, en el barrio de La Peña; casas modernísimas, funcionales, inspiradas en la arquitectura ibicenca y situadas en puntos estratégicos, desde donde se dominan las más bellas vistas. A la sombra, quizá, de estos y otros pintores que han logrado dar nueva fisonomía a la vida de la ciudad, ha surgido un movimiento pictórico autóctono aglutinado en parte en torno al grupo Puget, figurativo, y con algún representante de la abstracción, como es Tur Costa. Calvet, Ribas, Pomar, Ferrer Guasch, son algunos de los componentes del grupo. En general, las dos salas de prestigio cultivan la pintura abstracta, sin que esto suponga una exclusividad. Ivan Spence es el propietario y director de la antigua «Es Vedrá», mientras Tur Costa dirige «El Corsario», anexo al restaurante del mismo nombre. Es posible ver, por la mañana, a dos personas enzarzadas en una discusión artística. Posible y frecuente. Ernest Ehrenfield, más conocido simplemente por Ernest —SIGUE



Las horas van pasando. A la hora de la siesta no todo el mundo se va a casa. Algunos juegan al ajedrez. Otros echan un sueño en el café. Y mientras tanto, en las calles del barrio de la Marina, las tiendas sofisticadas, abiertas para los turistas, se codean con los establecimientos más populares para el uso de los payeses.





Melenas, barbas, tipos ambiguos e indefinibles... Todo un sector de la población flotante de Ibiza está compuesto por ejemplares humanos que hasta hace muy poco —y aún hoy— debían resultar tremendamente insólitos para los habitantes de la isla, acostumbrados a la modorra de la vida cotidiana y al transcurrir lento de los días sin sorpresas. Sin embargo, nadie se asombra de nada, nadie se inmiscuye en sus vidas.

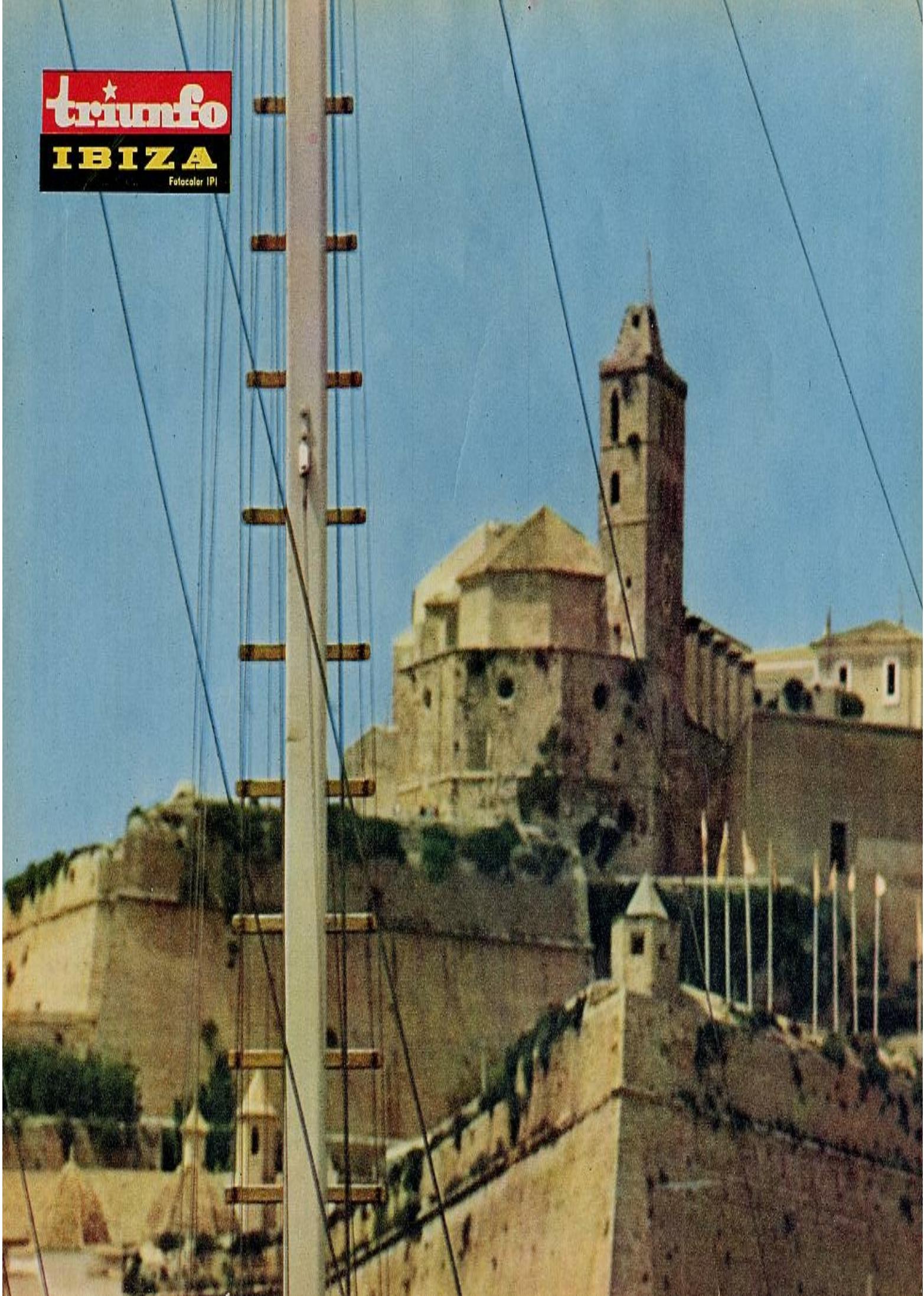
to, es de los que están en todo. Marchante, alemán, establecido en la isla, todo el mundo le conoce. Su silueta alargada, rematada indefectiblemente por un sombrero de anchas alas, es familiar. Ahora ha abandonado Ibiza para refugiarse en Formentera, donde se ha construido una casa en una playa apartada. Pero casi cada mañana la lancha que hace la travesía le trae a su antigua residencia. Allí compra y vende, charla, y de vez en cuando compone un poco de música o hace unos poemas. No es el único en emigrar a Formentera. Por un lado, los que consideran que la «pureza» de la isla se está perdiendo, con el aumento del turismo y la proliferación de hoteles y apartamentos, se repliegan hacia aquel último reducto. Otros lo hacen simplemente porque allí la vida está más barata, o porque les molestan menos para la clase de vida que quieren hacer. En la lancha, cada día, compactos grupos se trasladan de una a otra isla. Y en Ibiza quedan los de siempre y los turistas, los estables y los viajeros, los pinto-

res que pintan y los que no lo hacen. Y queda, al margen de esta visión parcial, la vida de las gentes del país, de un país hasta hace poco muy pobre —su única producción importante es la de almendras, algarrobas, sal y ciertos licores digestivos de hierbas— y que en los últimos años, con el incremento del turismo, ha logrado salir un poco a flote, sin haberse prostituido y sin que en él se den los lamentables fenómenos de explotación fraudulenta tan corriente en zonas que no han sido capaces de asumir el «boom». Quedan también, como fenómeno totalmente aparte, los «palanqueros». Viven y actúan en otros lugares, en otro medio. Las zonas de los grandes hoteles —San Antonio, principalmente— son sus escenarios. Los bares en que desarrollan sus actividades son diferentes —«El Coto», «Casa Pepe»—, los sitios donde van a bailar —aquí el baile sí es un elemento importante— también: son los jardines con atracciones, las pistas. Muchos de ellos, in-

SIGUE



triumfo
IBIZA
Fotocolor IPI







cluso, trabajan durante el invierno en Alemania, y con sus ahorros abren, en sociedad o solos, bares que sólo funcionan durante el verano; el idioma que aprenden durante la temporada invernal les servirá de mucho en la estival, o quizá la relación de causa a efecto sea la contraria. Pero ya digo que sus vidas y sus campos de acción no se cruzan con las de los personajes que han constituido el objeto de este reportaje. Son, con el único nexo de unión de la isla considerada abstractamente, mundos al margen, en los que ni medio, ni personas en acción, ni escenarios son los mismos. Mundos tan alejados entre sí como de cada uno de ellos pueda estarlo el del trabajo en las salinas, o el de la pesca nocturna que, entre todos, sumados y debidamente imbricados, podrían darnos la visión total de Ibiza-isla, complementada con la escasez alimenticia derivada de una parte del inesperado aumento de la población y, por otra, de la invasión de barcas de pesca procedentes de Valencia, con la planificación del movimiento turístico, con la falta de gente para el trabajo, con tantas y tantas cosas que componen la fisonomía del país y que, para ser analizadas extensamente y en profundidad, requerían no los límites de un reportaje periodístico, sino las páginas de un grueso volumen.

C. S. F.

Los barcos van llevándose a los turistas «tradicionales». Los que se quedan los ven zarpar con indiferencia, sin mezclarse en las despedidas. Con la misma indiferencia con que las mujeres del país, típicamente ataviadas, les ven pasar sin dejar de ocuparse de sus propios asuntos. Y la ciudad sigue allí, albergándolos a todos.



IBIZA

